

EL CRISTO DE LA PIEDRA FRIA EL GRAN SEÑOR LLEGADO DE LAS INDIAS

José G. Rodríguez Escudero

Se trata, indudablemente, de una magnífica pieza, una de las más antiguas venidas de Indias que existen en el Archipiélago Canario. Actualmente se encuentra entronizada en la Iglesia de San Francisco de Asís, iglesia del Ex Real Convento de la Inmaculada Concepción de la capital de La Palma.

Esta impresionante y sobrecogedora efigie se ciñe al tipo iconográfico gótico del “Cristo de la Humildad y la Paciencia” (modelo pagano – mitológico), siendo el más antiguo exponente de esta advocación en las Islas.

Originalmente recibió culto en la ancestral iglesia del Hospital de Dolores de esta ciudad- hoy Teatro Chico- institución de beneficencia que ya existía en 1512. Pasó a engrosar el magnífico catálogo de imágenes del convento franciscano en 1830, donde recibió la veneración del pueblo, bajo la popular advocación de “La Piedra Fría”, nombre que gozó de gran devoción en Flandes, zona con la que La Palma mantuvo intensas relaciones comerciales. También se le denominaba en los Países Bajos “Señor de la Piedra”.

El profesor Pérez Morera nos informa de que, *“desde el mismo momento de la incorporación a Castilla, la isla de La Palma estuvo autorizada por la corona para comerciar libremente con las posesiones americanas”*. De 1506 data la más antigua prórroga comercial, la primera conocida del famoso tráfico canario-americano.

Santa Cruz de La Palma, como señalaba el luso Fructuoso, que la visitó en el siglo XVI, pasó a ser la principal escala en la ruta hacia las *“Yndias de Su Majestad”*. Se convertiría en el tercer puerto en importancia del Imperio de Carlos V, tras Amberes y Sevilla. La Isla, *“la más comercial del Archipiélago”*, y más concretamente su ciudad, tendría a partir de 1558 el honor de tener el primer Juzgado de Indias de Canarias. Los contactos comerciales y una serie de elementos favorables abrirían la vía para los intercambios artísticos. Así, el mencionado historiador palmero también nos indica que, *“desde temprana fecha”* llegan desde América a la capital palmera *“tejidos, objetos de orfebrería e imaginería religiosa”*.

Aproximadamente, en los siglos XV y XVI se extendió por Europa, y luego por América, la representación de Cristo esperando el suplicio. Martínez de la Peña nos indica la fórmula fijada para plasmar su iconografía, salvo pequeñas variantes. *“Se representa a Cristo sentado sobre una piedra cuadrangular, desnudo, lleno de heridas, la cabeza inclinada, apoyada en una mano y expresión de profunda tristeza”*. Los tratadistas suelen coincidir en que ésta es la escena previa a la crucifixión en el Gólgota. Cristo “hombre” pensativo e inocente, Dios “humanizado” aguarda a que ultimen los preparativos para su cruel ejecución. En su rostro se manifiesta la viva mansedumbre del Todopoderoso.

Así como en la Península esta devoción tuvo un papel reducido, en Canarias adquirió una popular importancia de primer orden. Fueron muchos los cenobios y ermitas que tuvieron efigies y pinturas de este Cristo “humilde y paciente”. En América fue propagada, según se dice, por la Compañía de Jesús. La figura doliente, de expresión triste y pensativa, reflejaba el espíritu de reflexión que esa Orden quería fomentar en ese Continente. La mística ignaciana dirigía las meditaciones sobre integridad y el valor del Señor en sus últimos instantes de la Pasión. En Canarias, no fueron los jesuitas, sino los numerosos franciscanos, dominicos y agustinos, los que, en el comienzo del siglo XVI, se erigieron en verdaderos propagadores de la devoción que nos ocupa. Su gran aceptación popular fue en el siglo XVII, con las suntuosas

celebraciones del Jueves Santo. Ya en el siglo XVII, tal devoción sufre algunas transformaciones y recibe el nombre de “Gran Poder de Dios”.

El origen americano de la conmovedora talla, escultura en madera policromada (cuyas medidas son 116 cms. de altura y 158 cms. de perímetro) y de autor desconocido, aparece en un inventario, el más antiguo que se conserva de los bienes de la Casa Hospital, fechado en 1603. Así es presentado: “*item un esse homo de plumas de Indias*”. Durante el siglo XVI y parte del XVII, la producción escultórica mejicana, siempre ceñida a temas pasionarios, es la única que tiene representación en el Archipiélago Canario.

Por su aspecto sereno, tan propio de la sensibilidad indígena, la policromía en forma de chorros de sangre que resbalan por todo el delicado y frágil cuerpo, los sencillos pliegues de su paño de pureza y el poco estudio anatómico del talle nos remiten a la imaginería mexicana de finales del s. XV o principios del XVI. Esto es, pertenece al primer período de la escultura novohispana, evidente en el carácter goticista de la pieza. Pérez Morera añade que aquella está “*dominada aún por las formas arcaizantes y medievalistas, de manera que las figuras aparecen copiadas por los artistas indios de estampas góticas*”. El naturalismo del Cristo sufriente es, precisamente, lo que más impacta emocionalmente. Se trata de una técnica propia fruto de la sensibilidad indígena.

Tiene la particularidad de ser una escultura abridera, es decir, de poseer una pequeña cavidad o reconditorio en la parte posterior de la piedra que le sirve de asiento, utilizado probablemente para depositar reliquias o reservar, en casos excepcionales, al Santísimo Sacramento. Este “relicario” se cierra con dos puertecitas y está pintado interiormente de azul. Esta costumbre delata su antigüedad, ya que estuvo muy arraigada desde la Edad Media.

La iconografía del Señor de la Humildad y Paciencia, se extendió desde fechas muy tempranas en América, debido en cierta medida a la difusión que alcanzaron los grabados flamencos y alemanes. Influyeron sobremanera los misioneros jesuitas. Sin embargo, en Canarias sus propagadores fueron los dominicos y los franciscanos.

A principios del siglo XIX, nos recuerda don Jesús Pérez Morera, “*un emigrante isleño en Cuba, don Felipe Medina, dispuso en su testamento que su consorte, doña Juana González, remitiese 50 pesos ‘a la devotísima imagen del Gran Poder de Dios (o de la Piedra Fría) que se venera en la casa ospital de nuestra Señora de Dolores’*”.

El arte clásico representó al mitológico dios Saturno, el Cronos griego, identificado con el temperamento apesadumbrado y nostálgico, como si fuera un anciano pensativo y melancólico que apoya su cabeza en su mano. Así, de esta forma, la iconografía del “Señor de la Humildad y Paciencia” no es otra que la cristianización del tema de Saturno, de la alquimia y el hermetismo.

La procesión del “Ecce Homo de Las Indias”, al que también he oído denominar “El Gran Señor de La Palma”, tiene lugar todos los años a las diez de la noche del Jueves Santo, siendo acompañado por todas las cofradías de San Francisco de Asís, como la de “Las Hermanas de Nuestro Señor de la Piedra Fría” (titular del paso, formada por elegantes damas vestidas con recatados vestidos en riguroso negro con unas magníficas mantillas y peinetas con fabulosos rosarios y cirios encendidos);

El Cristo va acompañado por “Ntra. Sra. de La Soledad”, impresionante talla, con manto de terciopelo azul y morado con encajes de oro. La venerada imagen que antiguamente era llamada “La Virgen del Pueblo” por el cariño y la devoción que inspiraba su imagen en toda la población palmera-, “*la máxima expresión del ‘Stabat Mater’*”.

Es una de las procesiones más multitudinarias de la elegante Semana Santa de la capital palmera. Hubo una temporada que el Cristo desfilaba solo. Después también lo ha hecho en 1995 y 1996 con la “Virgen de La Luz de la Pasión”, de la Parroquia de San Francisco, obra del escultor palmero don Pedro Miguel Rodríguez Perdomo (imagen de candelero de tamaño natural de estilo barroco y mezcla de gusto canario y sevillano).

Suntuosidad y recogimiento, olor a incienso y cera, tambores con la sordina de luto, silencio sepulcral tan sólo roto por el arrastre de las cadenas de los capuchinos, fusión de arte y sentimiento, orgullo y pesar, nostalgia y devoción, encuentros... todos estos ingredientes son los que hacen de la Semana Santa de la capital de La Palma una época mágica. En la fría noche de este “Cristo que espera la crucifixión” estos profundos sentimientos se agudizan aún más.

El Cristo está ennegrecido por el paso del tiempo y por el humo de los cirios que lo acompañan durante su largo itinerario procesional. La imagen fue sometida a un proceso de limpieza y restauración en 1988, a cargo de las restauradoras del Cabildo Insular de La Palma, doña Isabel Gómez y doña Isabel Santos.

No aparecen las flores naturales sobre su trono, como ocurre en el resto de los pasos de nuestra ciudad, sino que su único adorno lo constituye un cúmulo de velas dentro de bellos fanales tallados que arden constantemente, proporcionando a la imagen una apariencia sobrecogedora.

La talla del Ecce Homo aparece con la diestra en la mejilla, su espalda surcada por torrentes de sangre y su rostro manifestando una gran mansedumbre y una mirada perdida que estremece al que lo contempla ya que inspira una infinita compasión. Como nos dice Pérez Morera, *“el aspecto sereno del Cristo de la Piedra Fría, el impacto emocional que produce su realismo, propio de la sensibilidad indígena, evidente en el chorrear de la sangre; el cuerpo apenas estudiado anatómicamente y el paño de pureza, a base de pliegues simples, parecen remitirnos a la imaginería mexicana del siglo XVI”*.

Pérez Morera compara la abundancia de la sangre que mana y desciende libremente por todo el cuerpo con la *“redención humana – tributo pagado por Dios para la salvación de los hombres – y con el Sacramento de la Eucaristía, cuya institución se rememora precisamente el Jueves Santo”*.

Antiguamente, esta conmovedora e impresionante talla salía durante la tarde del Jueves Santo en la llamada procesión *“de la sangre”*. Se denominaba así porque los disciplinantes, vestidos con túnicas y capirotos, flagelaban sus cuerpos durante el itinerario, haciendo brotar sangre.